

Texto: Blanca Gamo Parras. Composición: Pablo Cánovas Guillén. Fotos: Juan Blánquez Pérez. Proyecto Escultura Ibérica UAM. © de los textos y las fotografías: sus autores



LOSÍBEROS
IMÁGENES DE UNA SOCIEDAD

Cuaderno del Profesor

FONDOS DEL MUSEO ALBACETE

La colección arqueológica de época ibérica del Museo de Albacete es bien conocida por su variedad y riqueza, destacando sobre todo por las magníficas esculturas procedentes del santuario del Cerro de los Santos y de distintos monumentos funerarios.

LOS ÍBEROS. Imágenes de una sociedad. Fondos del Museo de Albacete, se ha concebido como una exposición con un reducido número de piezas singulares que son capaces de explicar, por sí mismas, todo el universo de creencias religiosas y funerarias de éste periodo. A las esculturas le acompañan otras piezas de diversa naturaleza que ayudan a completar el discurso, y que por primera vez son expuestas de manera conjunta en algunas ciudades de nuestra región.

La exposición se justifica por la importancia de Albacete en la génesis y desarrollo de la cultura ibérica; este es el hilo conductor que vertebra los distintos contenidos, porque los descubrimientos del Cerro de los Santos a fines del siglo XIX, fueron el acicate para empezar a conocer, diferenciar y estudiar esta cultura prerromana; porque la excavación de Pozo Moro a fines de los años 70 del siglo XX, descubrió uno de los monumentos funerarios más antiguos, si no el más antiguo, que recoge toda la tradición de las creencias orientales, importada y asumida por el universo ideológico ibérico que aquí se plasma de manera evidente; porque los diversos hallazgos en necrópolis, sobre todo la de Los Villares en Hoya Gonzalo, excavada a finales del los años ochenta, permiten mostrar cómo eran las elites en el período clásico ibérico; finalmente porque los numerosos hallazgos de escultura funeraria animalística proporcionan el muestrario más completo de la región.

El discurso expositivo elegido determina una circulación lineal a través de centros de atención sucesivos, las propias esculturas colocadas sobre peanas o algunas vitrinas en las que se exponen distintos materiales alusivos, y un circuito bidireccional en el que se colocarán diversos paneles con información, referida a las piezas expuestas, o complementaria sobre distintos aspectos de la cultura ibérica.



LOS IBEROS. IMAGENES DE UNA SOCIEDAD

Bajo el nombre de cultura ibérica se aglutinan un conjunto de pueblos de vocación mediterránea cuya penetración hacia el interior se extiende hasta el entorno del río Guadiana. Unidos por unos rasgos comunes como el uso de escritura, de cerámicas decoradas, de armas como la falcata, etc., el factor impulsor en su formación son las influencias fenicias y griegas, lo que se conoce como influjo orientalizante (siglos VIII a VI a.C.).

Desde el siglo VI a.C., la cultura ibérica evoluciona con unas señas de identidad que se irán afianzando entre los siglos V y III a.C. La irrupción de Roma a partir de la Segunda Guerra Púnica (iniciada en el 212 a. C.) supondrá la transformación, asimilación y desaparición definitiva de lo ibérico, que ya en el siglo I d.C. está completamente integrado en la órbita romana.

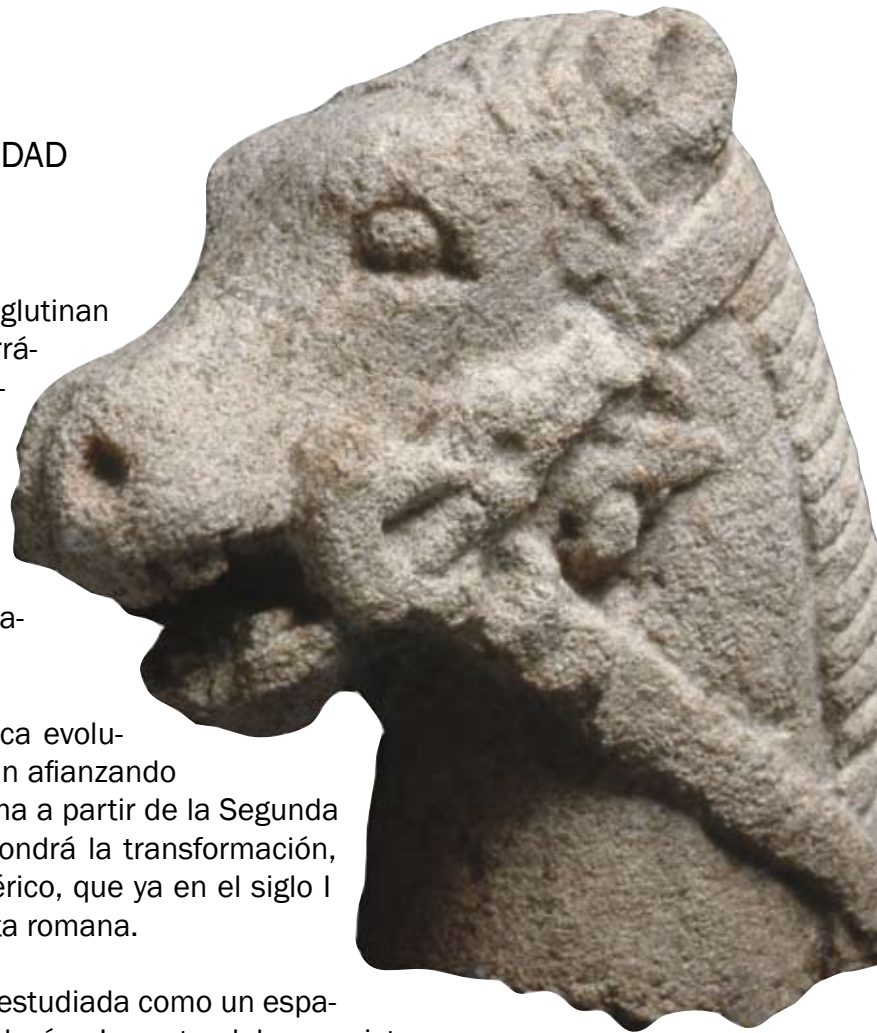
La zona albaceteña, tradicionalmente estudiada como un espacio de tránsito entre las más avanzadas Andalucía y Levante, debe ser vista como un territorio con entidad propia: la riqueza e importancia de sus yacimientos así lo manifiestan. Lugares como Pozo Moro o La Quéjola están en la génesis de lo ibérico, otros como el santuario del Cerro de los Santos o la necrópolis de la Hoya de Santa Ana muestran, con su larga utilización, el vigor de estas tierras.

En la larga historia de la identificación de lo ibérico, la escultura ha sido el principal foco de atención y discusión científica. Los extraordinarios hallazgos del Cerro de los Santos, sucedidos a partir de 1830, aunque dados a conocer en los años 60 del s. XIX, iniciaron un debate sobre su procedencia y cronología que ha tardado casi un siglo en cerrarse.

El terreno estaba abonado gracias a los trabajos sobre numismática y epigrafía ibéricas que discurrían en paralelo, sin embargo el impulso definitivo se debe a los investigadores extranjeros. Pierre Paris adquiere, para el Museo de Louvre, la Dama junto con otras piezas, entre las que se encuentran algunas albaceteñas procedentes del Salobral, el Llano de la Consolación o el Cerro de los Santos. Sus trabajos científicos terminan de confirmar que esas esculturas pertenecían a la cultura prerromana de la que hablaban las fuentes.

Pero no ha sido hasta prácticamente el último tercio del siglo XX, cuando la investigación ha aceptado, de forma generalizada, que la escultura ibérica aunque deudora de diversos influjos, tiene personalidad propia y en ella se plasma el universo de creencias, influencias y sistemas sociales de los iberos a lo largo de su dilatada existencia.

Sin duda el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo) es el yacimiento ibérico con la más longeva historia de la investigación y a su vez uno de los que plantea más interrogantes. Aunque los primeros trabajos de excavación se inician en 1871, es



poco lo que sabemos de la forma y evolución del santuario. Las falsificaciones que durante una época se hicieron de las figuras en piedra, tampoco contribuyeron en su día a aclarar las incertidumbres que esos “santos” planteaban sobre su filiación y cronología y los exvotos hallados, más de un centenar, se encuentran como consecuencia de su propia historia, dispersos en colecciones y en diferentes museos españoles y extranjeros.

Los estudios más recientes se inclinan por interpretar el santuario como un lugar sagrado en el que se sellarían pactos e intercambios sancionados por la deidad, con la que se establece una relación directa y de fidelidad mediante ofrendas votivas. Desde esta óptica se pueden explicar la cantidad, la variedad y la riqueza de sus exvotos. El conjunto está compuesto mayoritariamente por escultura en piedra de hombres y mujeres, muchas son solamente cabezas, pero otras representan a damas ricamente ataviadas portando vasos de ofrendas o sentadas. También hay personajes masculinos cuyos atuendos permiten hablar de distintas clases sociales. No faltan tampoco pequeños exvotos de animales, recipientes cerámicos que seguramente contenían ofrendas, anillos etc.

El santuario está en uso al menos desde el s. IV a.C. hasta época romana, no en vano los romanos señalaron en el viario su ubicación como Ad Palem, la diosa itálica de los ganados, y el estudio de sus esculturas permite ver esa evolución del arte ibérico, desde unos presupuestos arcaicos hasta las últimas esculturas, vestidas al estilo romano e incluso con inscripciones donde el nombre del donante figura en latín.

Cien años después de los primeros trabajos en el Cerro de los Santos, en 1971, se descubrió a unos diez kilómetros de Chinchilla y de manera casual, el monumento turriforme de Pozo Moro, que fue excavado en los años sucesivos y en la actualidad se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional.

Dicha construcción y la necrópolis posterior se enclavaban en un cruce de vías importante en la Antigüedad, la que unía la Alta Andalucía con Levante y la que comunicaba la meseta con la costa murciana. Aquí se erigió un monumento funerario en forma de torre hecho en sillería que tuvo más de diez metros de altura. Además de ser una tumba, se ha interpretado como un hito que marcaba el territorio de un régulo local.

La torre, sobre escalones y flanqueado por cuatro leones, tuvo un cuerpo decorado con bajorrelieves de tipo mitológico. Relieves y un remate, quizás en forma de pirámide, en el centro de un recinto realzado con un gote chipriota. El ajuar del incinerado en torno al año 500 a.C.

Su programa iconográfico de columnas con dobles jabalíes y seres serpenteantes, un personaje caminando con una gran rama de ave, una diosa desnuda sentada de la mano de un guerrero y una hierogamia o acto de amor. Estas escenas remiten a un universo del mundo fenicio y tartésico del entorregado los ajuares son de filiación griega y remiten a las nuevas influencias que llevan y eclosionarán un siglo después.

El monumento debió caer poco tiempo después de su construcción, pero aún así, en su entorno se desarrolló una necrópolis, quizás un acto de memoria y justificación de antepasados ilustres heroizados.

da por cuatro leones, tuvo un cuerpo decorado por un segundo cuerpo con alto-pirámide. El monumento estuvo en el mosaico de guijarros en forma de línea permitiendo fechar la construcción

tenido mítico-religioso contiene esculturas, un banquete monstruoso, un sobre su hombro en la que anidan que brotan grandes flores de loto, amor entre una diosa y un mortal. de creencias orientales, influjos no andaluz. Sin embar-



Otra necrópolis fundamental para el conocimiento del mundo funerario ibérico en sus primeros tiempos, es la de Los Villares (Hoya Gonzalo), que estuvo en uso entre los momentos finales del siglo VI a.C. y los primeros del IV a.C.

Su excavación realizada en los años ochenta y primeros noventa del siglo XX ha supuesto un importante avance de la investigación por la precisión de las fechas que proporciona, por la riqueza y variedad de sus materiales arqueológicos, por la constatación de la celebración de rituales en su interior o por la evidencia del cambio de los modelos de organización política y social, con la desaparición de las élites principescas, plasmado en la destrucción intencionada de los momentos escultóricos. Todos ellos datos de un indudable valor histórico.

Dos silicernia o conjunto de objetos usados y posteriormente quemados tras sendos banquete funerarios, indican la adopción por los iberos de ritos de influencia griega asociados al consumo del vino en los que se usó vajilla griega y en las magníficas esculturas de jinetes a caballo de la necrópolis se representa el poder del princeps (el primero y más excelente), de las élites que gobiernan, que se reconocen entre ellas y que dejan en estas creaciones su memoria. Excelentes obras de arte, en su tiempo no fueron creadas como tales, la contemplación para el deleite queda fuera de sus funciones originales, eran coronamientos de enterramientos tumulares, tumbas privilegiadas cuya visibilidad se hace patente con la escultura del difunto heroizado

Al inicio del siglo IV a.C. se produce la rotura intencionada de las mismas: el rostro del jinete es lacerao con un instrumento punzante ya que hay que matar el espíritu del difunto heroizado. Así ha sido interpretado por su excavador, ya que la necrópolis es un fiel reflejo de las convulsiones que está experimentando la sociedad ibérica, que pasara del modelo aristocrático al ciudadano. Nuevas élites para nuevos tiempos.

Otra pieza singular es el caballo de La Losa (Casas de Juan Núñez), sin duda una de las creaciones de mejor factura de toda la plástica ibérica que pudo formar parte de un conjunto dedicado a narrar hechos míticos, un heroon similar al conjunto de Porcuna (Jaén). Desgraciadamente procede de un hallazgo casual por lo que carece de contexto arqueológico; sin embargo, el propio caballo y otros fragmentos de la misma procedencia conservados en el Museo de Albacete como el torso de un guerrero, permiten, al menos sugerir, dicha posibilidad.

Pero sin duda una de las representaciones más características de la plástica ibérica son los animales. Animales reales y animales fantásticos son un recurso repetido con diferentes y variados significados. Son protectores, acompañantes en el viaje a ultratumba, símbolo de los dioses o encarnan los valores que se pretenden y aprecian.

En los primeros tiempos aparecen los seres híbridos que para el imaginario antiguo servían de mediadores entre la vida y la muerte. Piezas como la Bicha de Balazote o toro androcéfalo y la esfinge de Haches, un león alado con rostro de mujer formaron parte de torres funerarias protegiendo al di-



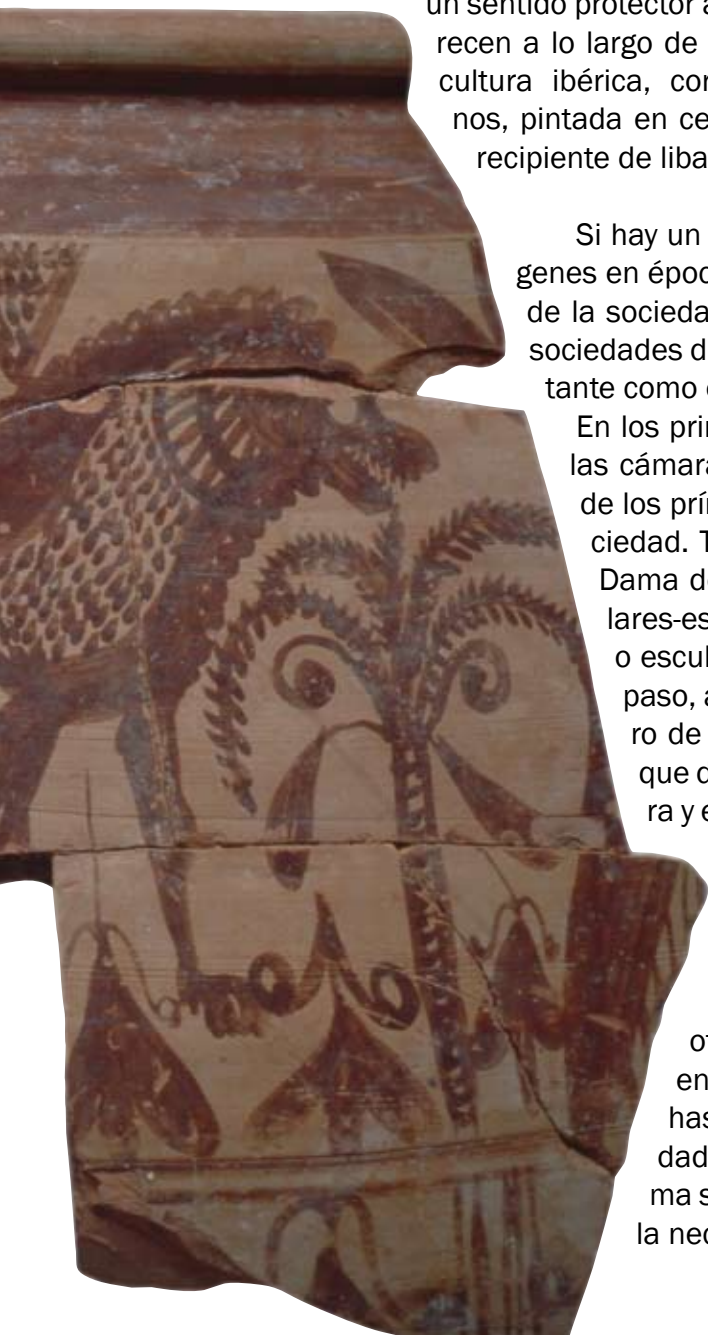
funto y facilitándole el tránsito. Un sentido similar deben tener los grifos, seres con cuerpo de león y pico de ave que aparecen representados en una urna funeraria de la necrópolis de la Hoya de Santa Ana. El mismo sentido de protección tiene el león, desde los ejemplos más antiguos de Pozo Moro, hasta el más reciente de Villarrodriego que cobija entre sus patas delanteras al fallecido. El león es también un símbolo de poder, de fuerza, de los príncipes y aparece en múltiples representaciones, escultura, pintado en cerámica, como exvoto... Los lobos o carnívoros adquieren según avanza el tiempo mayor protagonismo, desde sus primeras representaciones como animal infernal al que hay que vencer, hasta su asociación con ritos de iniciación masculinos por su valor, fiereza y astucia. El animal que encarna como ninguno los valores aristocráticos es el caballo y por ello es el intercesor idóneo ante la muerte. Otros como el ciervo y la paloma parecen tener un significado diferente, se asocian a representaciones de la diosa de la fecundidad, son sus epifanías y con un sentido protector aparecen a lo largo de toda la



cultura ibérica, coronando tumbas como la escultura de Capuchinos, pintada en cerámica funeraria como en el Tolmo de Minateda o como recipiente de libaciones en el caso de la paloma del Amarejo.

Si hay un contexto que explica en buena parte la existencia de imágenes en época ibérica ese es el funerario. Las necrópolis son un reflejo de la sociedad que las crea y en la cultura ibérica, como en todas las sociedades del mundo antiguo, el universo de los muertos es tan importante como el de los vivos.

En los primeros tiempos las torres, los túmulos, los pilares-estela o las cámaras funerarias, junto con sus esculturas, son los símbolos de los príncipes, de ese poder aristocrático en el que se basa la sociedad. Tumbas como la de la Dama de Baza, esculturas como la Dama de Elche, para algunos también contenedor de cenizas, pilares-estela como debió ser el que coronaba la cierva de Caudete o esculturas exentas como los jinetes de Hoya Gonzalo, ceden el paso, a partir del s. IV a.C., a nuevos modelos. Aumenta el número de personas enterradas en el espacio privilegiado al tiempo que disminuye el tamaño de los túmulos, desaparece la escultura y en cambio comienzan a aparecer armas formando parte de los ajuares. Hay un nuevo orden, urbano, más complejo, donde la masa social y las élites son más abundantes. A partir de ahora los símbolos de estatus no se manifestarán tanto al exterior como en el interior de la tumba, la demostración de poder y riqueza se realiza mediante otros materiales como son las ricas cerámicas, importadas en unos casos, de factura local imitando la foránea en otros, hasta llegar en el periodo final, de transición o lo que se ha dado en llamar periodo ibero romano, a combinar en una misma sepultura urnas ibéricas con platos itálicos, como ocurre en la necrópolis del Tolmo de Minateda (Hellín).



Porque ya desde finales del s.III a.C. la presencia romana se irá imponiendo en la Península, en un proceso de conquista y asimilación que culminará con la plena incorporación al Imperio. Gradualmente, las influencias romanas irán conquistando las formas de expresión ibéricas, que a su vez mantendrán algunos de sus rasgos, tanto simbólicos como formales en cronologías que, sobre todo en los momentos últimos, son plenamente romanas. Es lo que algunos estudiosos han dado en llamar bilingüismo, la coexistencia del último arte ibérico con el primer romano.

El león de Villarodrigo responde a un modelo funerario romano, en el que el tratamiento de ciertos temas como la melancolía, recuerda a esculturas ibéricas más antiguas. Una cabeza femenina da tiene la expresividad de la retratística romana y un peinado que el siglo I d.C., sin embargo la frontalidad de la imagen o determina la forma de las orejas son ibéricas. El santuario del Cerro de los Santos modifica su forma adaptándose a los modelos romanos republicanos, los exvotos visten a la manera romana, con la toga y el pallium pero el sentido de la ofrenda sigue siendo el mismo que en siglos anteriores.

¿Quién influye en quien?

